

¡La hidra, la hidra!

Vamos subiendo trabajosamente, y ni más ni menos que el año pasado.

Como el año anterior, y el anterior, y el otro y todos, los paganos trabajamos lo mismo que en el propio Enero, sudorosos hoy, ateridos en la estación invernal. Los otros, los favorecidos de la suerte, corren el Agosto entre fiestas terrestres y marítimas, y el Enero entre orgías y bailetos.

Como el año pasado, la Corte se divierte en su estación veraniega, con su poquito de jira marítima y todo; y los ministros, unos se solazan al lado de las reales personas y otros se entretienen en excursiones administrativas y aun técnicas para reunir los materiales necesarios con que nos han de redimir este invierno; porque que nos redimen, es indudable, y la prueba la tienen nuestros lectores en ese mismo contraste de tantas idas y venidas de algunos consejeros con la inmovilidad del veterano presidente del Consejo de ministros, que no ha salido todavía de Madrid.

De seguro algún lector atrevido se reirá de la permanencia del gran Sagasta en Madrid, suponiendo que le es indiferente el frío y el calor, que a tal extremo llega ya la insensibilidad de D. Práxedes. Grave error.

D. Práxedes, secundado por su ministro de la Gobernación, que también ha de permanecer inmovible en Madrid, además de preparar la reorganización de los servicios, vigilan con gran cuidado, porque han de saber nuestros lectores que la hidra, ¡la hidra!, ¡la famosa hidra revolucionaria! se ha presentado de nuevo y amenaza con una serie de horrores, que no sabemos lo que será del desdichado a quien coja sin los sacramentos.

Aquella hidra que tanto dió que hablar en anteriores situaciones, asoma sus fauces asquerosas y amenaza con derrocarlo todo, extendiendo la disolución y el luto por doquiera. La hidra está en todas partes, lo tiene minado todo, y por más que el Gobierno siente sus efectos, no ha podido dar aún con el antro en que se alberga en los momentos que consagra al reposo ó en las horas de siesta, porque la hidra descansa y duerme también la siesta, ni más ni menos que aquellos buenos progresistas del bienio á quienes llevó á la revolución de 1868 el propio D. Práxedes Mateo Sagasta, cuyos servicios le fueron remunerados nombrándole, gracias á la hidra á que hoy vigila y persigue, ministro de la Gobernación.

Aquí surge un desconocido, que por la fama debe ser anarquista. Mas allá aparece en las sombras la figura de un libertario, todo desgredado, predicando la destrucción de la humanidad, gesticulando fuertemente, con la mecha preparada en la mano izquierda y blandiendo en la derecha la espada destructora.

En secreto—claro, porque si fuera en público lo sabría todo el mundo—se conciertan los eternos conspiradores para revertir el orden público y preparar la quimera de la revolución, porque para D. Práxedes la revolución es una quimera, aunque tanta atención pone en evitar los trastornos del orden público con que se nos viene á estas alturas.

Aquí va á pasar algo, y algo gordo, dicen ya los fusionistas más ó menos allegados al Presidente pero de los que beben en las fuentes presidenciales ó subpresidenciales (las de Pablo Cruz); y, claro, se sientan personas y ofrecen su concurso al presidente, dispuestos á... tomar el primer destino ó la primera contrata que salga por ahí, porque es necesario ir preparando el abrigo para el invierno.

Vivan prevenidos nuestros lectores, no sea que surja por ahí la hidra el día menos pensado y les coja el chaparrón revolucionario que todo ha de destruirlo y aniquilarlo, en forma de contribuciones é impuestos extraordinarios, para mantener el rango de nación poderosa á que, nos obligarán nuestros pactos internacionales lanzados al viento por el jefe conservador y acogidos con simpatía cariñosa por el actual ministro de Estado.

Broma y todo lo de la hidra, en altas esferas

domina la indecisión y el miedo, y vamos subiendo la cuestecita de Agosto con emociones fuertes con que no contábamos, con parto periodístico que neutraliza los efectos del calor sofocante que se siente y que nos da más terror que la propia hidra.

La hidra, pues, ha reaparecido amenazadora y terrorífica desde las propias esferas del Gobierno, pero es para desarmar á los republicanos y seguir esquilmando al país, comprometiéndole al propio tiempo en aventuras guerreras y llevándole á alianzas que ¡ay! nos tememos que nos van á costar algo muy caro.

Esto es lo que de sí ofrece el día.

A. A.

Murmuraciones

Las minorías de concejales conservadores y gamacistas—esta última ya no sabe lo que es—se unieron en fuerte abrazo para citar á cabildo extraordinario y en él exponer los motivos que tenían para darse por resentidos contra el señor Gobernador de la provincia, por haber suspendido esta autoridad la ejecución de un acuerdo tomado en el Ayuntamiento por unanimidad de once de los cuarenta y nueve que componen la Corporación.

Diéronse por resentidos—¡cosa rara!—aun aquellos señores concejales conservadores que no van al Ayuntamiento para nada, y que no votaron, y que para nada figuraron en el acierto ó desacierto del pasado viernes.

Dijose en un principio que dichos señores presentarían la dimisión; luego que presentarían un voto de censura contra el señor Gobernador; y, finalmente, que armarían un escándalo en cabildo, por entender que las funciones privativas del municipio habían sido violadas por la autoridad gubernativa.

En esta tensión los ánimos, citó el señor Alcalde á cabildo extraordinario para dar gusto á esos señores, que entendían que el Ayuntamiento en general estaba incom dado porque ellos no se habían salido con la suya.

Efectivamente; se reunieron ellos solamente, y, como no formaban la mitad más á uno de los individuos que componen la corporación popular, el cabildo no pudo tener efecto, y el repellido de la dignidad ultrajada tiene que esperar unos cuantos días.

La situación actual de dichos ediles es tristísima.

Desgarrado su traje de concejal sevillano, andan por esas calles de Palomino sin poder cosérselo y enseñando las carnes...

Cada cual entiende las cosas á su modo, y dichos señores concejales unánimes la entienden así.

Al no poderse celebrar el cabildo extraordinario para entender en asuntos de dignidad—según dicen—significa que la mayoría del Ayuntamiento de Sevilla no está conforme con el acto realizado por la unanimidad de once concejales, y, el acto del señor Gobernador de la provincia aun suponiendo que fuera un exceso de sus atribuciones—que no lo es—tendría la atenuante de que va á herir sola y únicamente á una agrupación, empeñada en hacer del Ayuntamiento de Sevilla una especie de cervatón con la que se puede molestar ó herir desde lejos á los enemigos particulares de cada cual.

Más claro: dichos señores concejales, en el mero hecho de serlo por arte de birli birloque, han tomado en serio su papel, se lo han creído de verdad, y quieren dar á entender que Sevilla entera debe darse por ofendida porque á ellos se les ha ofendido.

Así debería de ser, si los puestos públicos no fueran granjerías.

Pero como lo son, y los que los ocupan no ostentan allí otra representación que las de sus respectivos jefes de rancho, la ciudad por un lado, y la mayoría de municipales por otros, se encogen de hombros y se echan á reír.

No hay, por tanto, en Sevilla ninguna clase de conflictos.

El conflicto es únicamente para esos señores de la unanimidad, á quienes los echan de la casa y ellos no se quieren ir porque les va muy bien en el machito.

Silvela ha armado la gorda con unas declaraciones que ha escrito sobre Marruecos... ¡El Demonio es ese hombre! Tan tranquilos como estábamos ahora con estos calores, viene á cargarnos la atmósfera con esas lucubraciones de gobernante antipático que todo lo desconoce y que todo nos lo embrolla

para dárselas de hombre.

**

Dice *El País* que España es de los belgas. Y lo prueba con los datos siguientes:

«De los belgas son varias minas de Bilbao, Santander y Oviedo, el ferrocarril central de Aragón, el de Madrid á Arganda, los tranvías de Madrid, Málaga, Valencia y el de Santander al Sardinero por la costa, y todo hace presumir que será de ellos la nueva colonia del Muni.

Los belgas nos conquistan. Explotan nuestra riqueza, utilizan saltos de agua, tienden vías férreas, sacan del subsuelo hierro y carbón, compran acciones españolas, nos conquistan, nos colonizan.

¡Triste destino el de España! Por quedarse rezagada con sus frailes, con sus leyendas, con héroes feroces, por no trabajar, por creer el trabajo deshonroso para gente hidalga, hoy se ve colonizada por los descendientes de aquellos flamencos, felices por haberse librado del yugo de nuestros fanáticos monarcas.

Y hoy los descendientes de los familiares del Santo Oficio, de los capitanes y alféreces de los tercios, de los consejeros de Felipe II, de los conquistadores y dominadores de los Países Bajos, tienen que mendigar de los belgas acciones, empleos, trabajo, jornal.

¿No da vergüenza ver á los sucesores de aquellos orgullosos hidalgos conduciendo tranvías eléctricos, afirmando el piso por donde han de pasar, abriendo galerías en las minas, recogiendo billetes en los trenes?»

Si fueran los belgas solamente, tendría razón el colega con singularizar sus deducciones.

Pero no son ellos solos.

Tenemos ingleses, alemanes, franceses, norteamericanos y... catalanes.

En ley de verdad, aquí no hay más españoles que los que cobran del Estado.

Porque todos los demás... tenemos tratos y contratos con los extranjeros, con quienes vivimos.

Por ejemplo: aquí en Sevilla, el carbón nos lo proporcionan los belgas, el agua los ingleses, el ferrocarril los franceses, el tranvía los alemanes, el vestido los catalanes, el trigo barato los norteamericanos, las medicinas... todos juntos.

Español, verdaderamente español, no tenemos aquí más que los tomates y los pepinos, y para eso, los primeros los tenemos que mezclar con el bacalao, que es de Escocia, y los segundos se los tiramos á los D. Tancredos, que son del Riff.

Somos una colonia cosmopolita que no tenemos nacional más que un animal: el fraile.

Porque la iglesia tampoco es española, sino romana.

**

Y ahora que hablo del fraile.

Vaya un parrafito que lo retrata de cuerpo entero:

«Naturalmente, el fraile moderno es un ser odioso, es un embaucador, absorbente, pérfido, trapacero, falsario, encanallado, enemigo de toda ley y de toda patria y hábil en el arte de sacar dinero con engaños religiosos. Aún tiene otra cualidad: es inmoral, profundamente inmoral, y sin embargo, acusa de inmoralidad con más ó menos fuerza y descaro, según le dejan, al pueblo y principalmente al clero.»

Ya conocéis las hermosas y envidiables cualidades del fraile.

Pues bien: ese tipo es eminentemente español.

**

Telegrama importante:

«El gobernador de León ha teleografiado al ministro de la Gobernación la noticia de que un incendio ha destruido el pueblo de Coladilla.»

¡Un pueblo entero!

Y añade el gobernador:

«Este pueblo tenía cuarenta vecinos.»

¡Acabáramos!

Diga usted que ha ardió una choza llamada Coladilla, y no nos meta el corazón en un puño.

«Han quedado destruidas...»

¡Sí, sí, ya estamos enterados.

Que se manden socorros como si hubiera muerto media humanidad.

Conocemos ese recurso.

**

Dice un colega:

«Nos dicen que de noche se promueven grandes escándalos en donde se bañan hombres y mujeres, sin que á veces haya ningún agente de la autoridad que imponga orden.

De ciertas escenas naturalistas no hemos de hablar, pero si pediremos que á todo trance se eviten por respeto á la cultura.»

Pero, hombre, por Dios: ¿va usted á pedir cultura también de noche?

Eso está bien con la luz del sol.

Pero en las sombras, y hombres y mujeres, y ambos con poca ropa, ¡no entrometa usted entre ellos á la autoridad!

Déjela que duerma en la taberna de enfrente.

CARRASQUILLA.

EL MINUÉ

Una fría tarde del mes de Noviembre anuncia la llegada del invierno moscovita. El palacio imperial, rodeado de baluartes, se alza entre la bruma, y sus torres, sus minaretes, sus almenas y sus miradores, destacan sobre el cielo sus ángulos y sus curvas.

En el salón de la emperatriz toca una orquesta compuesta tan sólo de violines.

Catalina I, rodeada de sus hijas, permanece en pie, y las damas de honor están colocadas en el fondo, junto á la pared.

Monsieur de Campredon, embajador del rey Luis XV, hundido en una butaca, se da aires de presidir la fiesta, y Mr. de Villebouis, inclinado hacia él, le habla sonriendo. El margrave de Bayreuth y el barón de Polinitz están sentados un poco atrás, y con burlesca gravedad contemplan á la emperatriz, cuyo aspecto no tiene aquel día nada de placentero.

Catalina está triste, y, sin embargo, hace esfuerzos por sonreírse.

A aquella hora acostumbrada, la emperatriz, que baila admirablemente, da una lección de minué á sus hijas, las princesas. Más que nunca conviene que no falte aquel día á la tarea que se ha impuesto y que se ría ante testigos.

—Ahora te toca á tí, Isabel—dijo—vuelve á empezar.

Mientras las princesas van á ocupar en medio del salón el puesto de su madre, Catalina se sienta al lado de Ana Jouchkof, su confidente íntima. Y al sentarse murmura con disimulo:

—¿Dí, ¿qué has averiguado?

—Ha desaparecido, y tal vez esté preso. Su hermana Matrena le busca por todas partes, y nada ha logrado averiguar.

—¡Pobre Guillermo! ¡Me lo han matado! Ese brazo más levantado, hija mía!

—Desapareció apenas hubo salido de palacio. Durante la cena lo supo todo el czar. Hace veinticuatro horas que el emperador recibió el anónimo.

—¿De quién?

—Un criado de Guillermo Mons, castigado por su amo, escribió la carta para vengarse. El mismo czar le interrogó, amenazándole con el tormento. El criado lo confesó todo y después fué ahorcado.

—Más despacio, hija mía, más despacio...

—Esto ocurrió antes de cenar, y por eso el czar se mostró tan cruel con Mons. ¡Va á matarnos á todos!

—Sí, que me maten si quieren, ya que ha muerto el hombre á quien amo. ¡Que repitan el motivo los violines!

—Es posible que Guillermo haya emprendido la fuga...

—¿Pudo alguien avisarle á tiempo? Procura, Isabel, que te aplauda el señor de Campredon. No te detendré más durante el minué.

Las princesas continúan bailando y el embajador francés mueve la cabeza en señal de aprobación, y sigue con la mirada á las encantadoras niñas. La emperatriz las contempla sin mirárlas, y, para disimular, exclama de cuando en cuando:

—¡Bien, muy bien, hijas mías!...

De pronto, se presenta en el umbral de la puerta del fondo la condesa Matrena Balk. Está en extremo pálida; y Catalina, con una sonrisa de estatua, la examina atentamente.

La condesa vuelve con lentitud dos veces la cabeza de derecha á izquierda y de izquierda á derecha como para decir: «No...»

Catalina levanta una mano y acentúa una sonrisa que invita á la condesa á acercarse á la soberana. Matrena Balk obedece, adelanta el paso y se arrodilla para besar la mano á la emperatriz.

—¿Y tu hermano?

—Preso.

—¿Dónde está?

—Le han sometido al tormento.
La dama de honor se levanta con los ojos fijos en los de Catalina, y las dos mujeres, pálidas de terror, se dirigen cara á cara una sonrisa.
—¿Y el czar?
—Dirigiendo la tortura.
—¡Dios mío, Dios mío!...

A los pocos instantes se oyó una voz que decía:

—¡El czar!
Entró Pedro violentamente en el salón, llevando bajo el brazo izquierdo un cilindro ancho y largo, cubierto con un lienzo.

Al ver al emperador detienen las princesas, y los arcos de los violines permanecen en el aire.

—¡Proseguid!...
El soberano cruza el salón, honrando con una mirada á los embajadores de Francia y de Alemania, y, mientras pasa, los violines vacilan todavía.

—¡Adelante!—exclama Pedro.
Reanúdase el baile. El emperador se acerca á la chimenea, y por su propia mano retira hacia un extremo del mármol un reloj de Sajonia y en su lugar coloca el objeto que traía bajo el brazo, y que es una vasija de cristal. Pedro quita el lienzo, todo el mundo mira y las princesas lanzan un grito.

Dentro de la vasija oscila una cabeza cortada y sangrienta, sumida en un baño de alcohol.

La condesa Matrena exclama, perdiendo después el sentido:

—¡Guillermo!... ¡Mi hermano!...

El czar no aparta los ojos de la zarina. La emperatriz se sonríe y los violines no se atreven á guardar silencio.

—¡Sacad de aquí á esa mujer!—dice el soberano.

Varios criados se apoderan de la condesa. Polnit se agita nervioso en su butaca, y Mr. de Campredon, impasible y sereno, no deja de contemplar la vasija.

—Ese tunante de chambelán—exclama el czar—engañaba á su soberana, traficando con su nombre y á espaldas suyas.

—¿De veras?—pregunta cándidamente monsieur de Compredón.

—Sí—contesta Pedro.

El czar se apoya en la chimenea y añade:

—Baila con tus hijas, Catalina, y diviértete un rato. Hoy ha sido un día de mucho trabajo para mí.

La emperatriz se levanta, y lívida y sonriente, se pone á bailar el minué con las princesitas.

EDMUNDO HARACOURT.

De actualidad

El ministro de la Guerra marchó á Barcelona, donde embarcará para las Baleares.

En la primera quincena de Agosto ha aumentado la recaudación del tesoro en cerca de siete millones sobre igual período del año anterior.

Villanueva prepara un proyecto de ley sobre transmisión á distancia de la fuerza hidráulica con destino á energía eléctrica.

El Consejo del Banco acordó aumentar al 10 por 100 el interés de los préstamos.

Varios diputados y senadores han pedido á Veragua que les facilite un buque para presenciar las maniobras navales.

Weyler prepara real orden autorizando á los oficiales de la reserva para adquirir privadamente los conocimientos que se darán en las conferencias militares.

Irán á examinarse y se les indemnizará como gastos de guerra.

Al regreso de Weyler se ocupará de la ley de reclutamiento y otros proyectos.

Firmóse decreto sobre los suplementos de créditos aprobados en el último Consejo.

Otro reorganizando un regimiento de artillería de sitio.

Almodóvar ha insistido en la necesidad de mantener el *statu quo* en Marruecos.

En San Sebastián espérase mañana á la escuadra, que formará á doble línea, pasando por medio el *Giralda* con los reyes á bordo.

Créese que la Corte regresará el domingo á San Sebastián.

Insístese en que la jornada durará hasta Octubre, aplazándose hasta Marzo el viaje á Levante.

Los reyes embarcarán á las nueve y media en el *Giralda*; la escuadra llegará á las diez y el

Giralda se pondrá á la cabeza, enarbolando el pendón de Castilla.

Weyler activará en Mahón la confección de planos de las obras de defensa, y los llevará á San Sebastián á la firma de la Regente.

Zaragoza: se ha descubierto un importante matute de aceite en el almacén de víveres El Ebro.

Están complicados el jefe, un cabo y dos empleados de consumos.

El primero ha desaparecido.
El fraude hacíase por las noches.

Generalízase las tormentas en Segovia.
Una chispa penetró en la torre de la iglesia de San Esteban, causando ligero incendio que se sofocó.

La iglesia estaba llena de fieles: no hubo desgracias.

A la Coruña, custodiadas por la benemérita, han llegado procedentes de Oporto los presos Elisa y Marcelo.

Según despacho de Tánger, Ojeda exige al Gobierno marroquí 1,000 duros diarios, desde el día 12 hasta que se entreguen los cautivos.

Las autoridades marroquíes activan la busca.

Según despacho de Cartagena el sindicato minero ha acordado insistir sobre el concierto de la forma propuesta.

Urzaiz rehuye proponer solución por temor á un fracaso.

Dicen de Zaragoza que la comarca de Daroca está inundada por haberse desbordado el Gilos, destrozando sembrados, arrancado árboles é interceptando la línea férrea.

Ignórase el paradero de cuatro obreros del campo.

Kitchener sorprendió un comando boer cerca de Middleburgo, matando 23.

Los ingleses tuvieron un muerto, seis heridos y 14 desaparecidos.

Mañana llegará á Lourdes una peregrinación de 6,000 enfermos.

El gobierno de Australia niega á enviar nuevas tropas al Transvaal y hará regresar las actuales.

EL CARBONERO Y EL GRAN SEÑOR

No hubiera dicho nunca Garron, seguramente, lo que dijo ayer por la mañana Carlos Nobis á Beti.

Carlos es muy orgulloso, porque su padre es un gran señor, un señor alto, con barba negra, muy serio, que va casi todos los días para acompañar á su hijo.

Ayer por la mañana, Nobis se peleó con Beti, uno de los pequeños, hijo de un carbonero, y no sabiendo ya qué replicar, porque no tenía razón, le dijo alto:

—Tu padre es un andrajoso.

Beti se puso muy encarnado y no dijo nada; pero se le saltaron las lágrimas, y cuando fué á casa se lo contó á su padre, y el carbonero, hombre pequeño y muy negro, fué á la lección de la tarde con el muchacho de la mano, á dar quejas al maestro. Mientras las daba, y como todos estábamos callados, el padre de Nobis, que le estaba quitando la capa á su hijo, como acostumbraba, desde el umbral de la puerta oyó pronunciar su nombre y entró á pedir explicaciones.

—Es este señor—respondió el maestro—que ha venido á quejarse porque su hijo de usted, Carlos, dijo á su niño:—Tu padre es un andrajoso.

El padre de Nobis arrugó la frente y se puso algo encarnado. Después, preguntó á su hijo:

—¿Has dicho esa palabra?

El hijo, de pie en medio de la escuela, con la cabeza baja delante de Beti, no respondió. Entonces el padre lo agarró de un brazo, le hizo avanzar más enfrente de Beti, hasta el punto de que casi se tocaban, y le dijo:

—Pídele perdón.

El carbonero quiso interponerse, diciendo:

—No, no.

Pero el señor no lo consintió y volvió á decir á su hijo:

—Pídele perdón. Repite mis palabras:—Yo te pido perdón de la palabra injuriosa, insensata, innoble, que dije contra tu padre, al cual el mío tiene mucho honor en estrechar su mano.

El carbonero hizo ademán resuelto de decir:

—No quiero.

El señor no lo consintió, y su hijo dijo lentamente con voz cortada, sin alzar los ojos del suelo:

—Yo te pido perdón... de la palabra in-

juriosa... insensata... innoble, que dije contra tu padre, al cual el mío... tiene en mucho honor estrechar su mano!

Entonces el señor dió la mano al carbonero, que se la estrechó con fuerza, y después, de un empujón repentino echó á su hijo entre los brazos de Carlos Nobis.

—Hágame el favor de ponerlos juntos—dijo el caballero al maestro.

Este puso á Beti en el banco de Nobis. Cuando estuvieron en su sitio, el padre de Carlos saludó y salió.

El carbonero se quedó un momento pensativo, mirando á los dos muchachos reunidos; después se acercó al banco y miró á Nobis con expresión de cariño y de remordimiento, como si quisiera decirle algo, pero no dijo nada; alargó la mano para hacerle una caricia, pero tampoco se atrevió, contentándose con tocarle la frente con sus toscos dedos. Después se acercó á la puerta, y volviéndose aún una vez más para mirarlo, desapareció.

—Acordaos bien de lo que habéis visto—dijo el maestro—esta es la mejor lección del año.

EDMUNDO DE AMICIS.

Del natural

(CUENTO)

Callaron.

El problema no tenía más que una solución razonable: separarse para siempre; y otra desesperada: morir de hambre.

¡Y cuánto habían hablado para llegar á comprenderlo! Porque él quería á su novia; la quería como no había querido nunca á ninguna mujer, con la ansiedad del hombre que, llegado á la plenitud de su vida, se encuentra solo, sin hogar, sin consuelo... Y ella le adoraba con la pasión honda y reflexiva de la mujer que ve en su marido, no la pueril satisfacción de su vanidad, sino la síntesis de todas sus ilusiones de la juventud pronta á extinguirse...

Habían hablado mucho. Las palabras habían fluído á borbotones de entre sus labios trémulos. Sus ambiciones, sus deseos, sus esperanzas, sus penas, sus desengaños... todo había sido expresado en forma incoherente, pero leal, durante el veheméntísimo diálogo, cambio espontáneo de apasionadas confidencias...

Nada quedaba que decir, por lo tanto, y callaron.

El sol se había ocultado ya, y las frondosidades de la Casa de Campo, poco frecuentada aquella tarde, los rodeaban solitarias y medrosas. Los árboles parecían más espesos en la semiobscuridad que lo iba evolucionando todo lentamente; los troncos de los plátanos alineados á lo largo de la avenida próxima, simulaban interminable procesión de gigantes fantasmas vestidos de blanco; á lo lejos se oía el grito estidente de los pavos reales, que á aquellas horas, entre el misterio con que la Naturaleza se despedía del sol agonizante, tenía algo de desgarrador y fatídico...

La madre y los hermanos de Ana jugueteaban á pocos pasos de distancia. La primera, algo impaciente por lo avanzado de la hora, ergulase de vez en cuando y contemplaba tristemente á los novios que, sentados en un banco y en actitud melancólica, no parecían darse cuenta del transcurso del tiempo.

Callaban. Callaban estrechándose las manos furtivamente; tenían miedo de hablar. Sin embargo, tal situación no podía prolongarse mucho, y llegó un momento en que, alzando las frentes como obedeciendo á un mismo impulso, se contemplaron de hito en hito. Al cruzarse sus miradas, algo como un relámpago brilló en sus pupilas... Estaban de acuerdo.

Ella, como mujer, fué la más propicia al sacrificio, y habló primero. Pero habló sollozando, dejando caer de sus grandes ojos apasionadas lágrimas y lágrimas, gotas cristalinas que primero vacilaban pugnando por sostenerse entre las temblorosas pestañas y luego se desprendían como del alma, salpicándole las pálidas mejillas, hasta caer entre los pliegues del vestido, que las absorbía vorazmente.

Habló. Estaba pronta á sacrificarse. Adoraba á su novio, pero comprendía que aquel amor, sostenido casi desde la niñez, era ya un imposible. La solución, después de seis años de penosos aplazamientos, no podía retrasarse por más tiempo; la miseria había dicho en su casa la última palabra y el hambre se entraba por las puertas; sabía que su novio, tan desvalido y pobre como ella, estaba resuelto á sacrificarse, á ser su marido y compartir sus penalidades y jugar se el porvenir á cambio de su cariño, pero esto era la muerte de su amor; el amor no le agrada

vestirse de harapos; prácticamente lo había visto ella, presenciando la vida aperrada de algunas de sus amigas que después de casarse noblemente enamoradas, renegaban de su ceguedad. Además, no podía olvidar á su madre y á sus hermanos, que cifraban en él su única esperanza. ¿No era mejor quererse desde lejos, pero quererse toda la vida, á unirse para siempre, para acabar tal vez por detestarse? Y esto último era tanto más seguro cuanto que uno y otro tenían la fortuna al alcance de la mano; ella, entre el hombre á quien amaba con toda su alma y un pretendiente acomodado que la acosaba, podía elegir al último; su novio, después de una lucha penosa y estéril para salir de entre las garras de la pobreza, faltar de suerte, aunque no de energías, podía casarse con una mujer rica á quien ni siquiera estimaba; y Ana, desgarrándose el corazón, se lo aconsejaba al fin heroicamente.

El no protestó. ¿Para qué? ¿Se había mordido los puños de coraje tantas veces inútilmente! Tenía razón su novia; aquel amor era imposible. La miseria lo acechaba y unidos serían aún más desgraciados que alejándose uno de otro, porque al separarse llevarían en el alma la ilusión de su amor eterno; y unidos, las amarguras de una vida precaria se encargarían de arrebatárselos aquel único bien que poseían. Ciertamente al pensar que otro hombre iba á ser dueño del tesoro que él ambicionaba, se crispaban sus nervios y una nube de sangre le nubla los ojos, pero pronto la reflexión le serenaba y le devolvía el dominio de sí mismo. El mundo lo aplastaba cruelmente... pues era preciso vencer al mundo con sus propias armas: ¡serían ricos! Además, tenía la conciencia de que aquella mujer aun casándose con otro sería siempre suya, porque sus almas se buscarían sin que bastasen á separarlas ni mares, ni rejas, ni convencionalismos sociales...

Se pusieron en pie. La madre se acercó, llevando de la mano á los pequeños; y echó delante en dirección á la ciudad. Ellos la siguieron silenciosos.

La noche había cerrado por completo. A los lados del camino, envuelto en sombras, se extendía el bosque, al parecer espesísimo é inextinguible... Los plátanos gigantes destacaban sus troncos en la obscuridad, semejantes á enhiestos y mudos fantasmas... En derredor, los animalejos del campo entonaban un verdadero concierto de sonidos indeterminados que, fundiéndose blandamente, se perdían á lo lejos en vagas ondulaciones... Del seno de la tierra, la eterna desposada, siempre virgen, siempre amante, pródiga siempre, se desprendían emanaciones fecundas, penetrantes aromas... aromas misteriosos.

Los enamorados se estrecharon las manos nerviosamente; sus rostros, bañados por el llanto, se aproximaron, y sus labios se unieron en un beso.

Aquel beso, dado en las sombras, purificado por las lágrimas, doloroso, inconsciente, fué una protesta, un pacto, una promesa.

EMILIO FERNANDEZ VAAMONDE.

Noticias locales

EL RECURSO GAMACISTA

Aunque algunos colegas locales, colgando moños y flores al leader municipal borbollista, han dicho que el recurso interpuesto por el señor Llach contra el palmetazo que en forma de apercibimiento le sacudió el exgobernador señor Madrid Dávila, había sido favorablemente resuelto al interés de los amigos de Gamazo, el hecho es que dicho recurso está sin resolver, y tardará en resolverse si mayores empeños no empujan su trámite.

Los empleados de la Diputación provincial de Granada han dirigido una circular á todos los secretarios y contadores municipales y provinciales de España, solicitando de ellos su concurso en la petición que dirigen á los poderes públicos.

Consiste la petición en lo siguiente:

1.^a Que contribuyan las clases activas y pasivas de las Diputaciones y Ayuntamientos por el impuesto transitorio sobre haberes, con igual gravamen que se les impongan á los empleados particulares de los Bancos, Sociedades mercantiles y particulares.

2.^a Que desaparezcan las escalas graduales de sueldos y que el gravamen para todos ellos sea el mismo.

3.^a Y que los haberes que no excedan de mil pesetas queden exceptuados de todo gravamen.

Fúndase la petición en razones que la circular consigna y que nosotros omitimos por falta de espacio; pero que por su importancia bien merece que el Gobierno y las Cortes no los desatendan.

En el término de la Algaba, un sujeto que estaba cazando anteaer, fué sorprendido por un toro de la ganadería de Benjumea que se ha-